

## El sentido de la vida ante la muerte

Mtro. Omar Olvera Cervantes

*«Como una obra teatral, así es la vida: importa no el tiempo sino el acierto con el que se ha representado. No atañe a la cuestión el lugar en que termines. Termina donde te plazca, tan sólo prepara un buen final» Séneca*

Cuando se inicia la experiencia de la vida, en el nacimiento, tendemos a considerar el hecho como **una bendición**: no nos angustian los posibles problemas futuros, la vida nueva en lo general todavía entusiasma a los testigos, a los padres, y es motivo de fiesta, de felicitaciones y celebraciones.

Cada sujeto en su proceso de desarrollo irá apropiándose de su existencia, de su ser como individuo; escribirá su propia historia, configurando el conjunto de valores culturales, sociales y espirituales, de acuerdo a su temperamento y carácter; a su propia forma de percibir y relacionarse con los otros, la naturaleza y el mundo. Hacemos la tarea continua de **fundamentar un sentido a la propia existencia**; resolvemos en gran medida la pregunta por este sentido mediante el hacer, buscamos una forma de sustento mediante una actividad profesional que en muchos casos corresponde a una concreción de gustos asumidos desde los elementos culturales del lugar donde vivimos. Elegimos vivir solos o en pareja, tener hijos o consagrar la vida a una actividad por el bien a otros. Pero todo esto, sin un sentido profundo sólo es un “hacer”, es sólo una forma de ocupar el tiempo. Sin embargo, **estos actos concretos no resuelven la pregunta por el sentido** fundamental de la existencia. La vida misma nos presentará un sin número de experiencias que nos confrontarán directamente con este misterio.

Durante la adolescencia y juventud, muchas pretensiones se apoderan de nuestra persona, creemos que vivir en el mundo será fácil y que nuestros ideales y actos “heroicos” lo cambiarán, pecamos de imprudencia y, en muchos sentidos, las consecuencias de las malas decisiones nos acompañarán quizás el resto de la vida. Pero esos actos, ese sufrimiento bien administrado nos ayudará a madurar y a poner los pies sobre la tierra.

Un elemento que nos golpea y provoca grandes cuestionamientos, es principalmente **la muerte de los otros**, la muerte de los más próximos es la que tiende incidir abriendo abismos de sentido.

Nos damos cuenta de que algunos de los valores que hemos exaltado de nuestra cultura contemporánea sólo nos alejan de nosotros mismos, impidiendo una vida profunda, ya que estos valores como **el hacer, el tener, el aparentar, el dominar... tampoco resuelven esta pregunta**. Una vida enfocada en solventar los deseos y necesidades que genera nuestra cultura se aleja de sí misma reduciendo a la persona a un producto, a una matrícula, a un número de seguridad social, a una cuenta bancaria, a un individuo que realiza tales o cuales tareas. Nos son aislados los casos de las personas que al final de su vida laboral se enfrentan a un sinsentido, a un desconocimiento de sí mismos, de su pareja y familia. Este fenómeno aparece cuando se le dio a un “hacer” el grado de sentido existencial.

Todo puede desaparecer en un momento de desgracia. De ahí que Séneca escribiera al respecto de la brevedad de la vida: «*Nadie se pertenece a sí mismo, cada cual se consume por otro.; nadie es dueño de sí mismo*». «*¿Por qué pierden tanto tiempo? Porque viven como si tuvieran que vivir siempre; nunca piensan en su fragilidad; no miden el tiempo que ya ha transcurrido; lo pierden como si tuvieran un repuesto enorme y abundante... Temen todas las cosas como mortales, y todas las desean como inmortales*». «*El hombre agobiado de quehaceres se ocupa de todo menos de vivir. Y eso que la ciencia del vivir es la más difícil*». «*Es muy corta la vida de los muy atareados*». «*No has de decir que fulano vivió mucho porque tiene canas o arrugas; no vivió mucho, sino que duró mucho*».

La idea de la próxima muerte se hace presente; si bien tenemos una vida más longeva no necesariamente se vive exenta de las molestias de la vejez. En realidad, **la muerte no es temible, sino la idea que nos formamos sobre ella** será nuestra decisión enfrentarnos a ella con una buena cara.

Mientras que en nuestra cultura actual **la vejez tiene una connotación negativa**, Cicerón escribió que la vejez le quitó el deseo de beber y comer en exceso, pero aumentó su deseo de conversar. La vejez llega de una forma lenta y la podríamos disfrutar más porque en el camino de la vida hemos aprendido algunas cosas: a ser menos impulsivos y pacientes, a intensificar lo que nos hace gozar (en muchos casos se han abandonado las pretensiones, abiertamente nos damos cuenta de que muchas cosas de la vida fueron sólo accesorias), se les quita importancia a las cosas que en realidad no la tienen, se goza de los logros y de los tesoros que existen en la memoria.

Lucrecio decía que, si uno ha tenido una buena vida, debe despedirse **como cuando nos retiramos de un banquete, con gratitud y saludando**. Y si no se ha tenido una buena vida, ¿de qué lamentarse? “¿Por qué el anhelo de prolongar los infelices días?”.

Le **tememos a la muerte** porque finalmente, lo queramos reconocer o no, somos vulnerables y puede llegar en cualquier momento, no necesariamente como parte de la vejez. De todas formas, cada uno de nuestros actos puede ser el último y, también, cada uno de los actos de nuestros seres queridos, puede ser el último. Algunos temen a la muerte por la incertidumbre que produce la posibilidad de que exista otra vida en el “más allá”. Para el ateo, sin embargo, el temor no se basa en ese tipo de misterio religioso, sino en la posibilidad de padecer una agonía larga y dolorosa, en el aniquilamiento de la individualidad y en el carácter irreversible de la muerte, su solución es el aceptar la muerte después de una vida racionalmente ética o la de vivir sin límites porque sólo se vive una vez...

**Nos parecemos menos en nuestros deseos que en nuestros temores** y, por eso, la muerte quizá sea un lazo invisible que nos hermana a todos los seres vivos, especialmente a aquéllos que, como los humanos, tenemos conciencia de la muerte. Norbert Elías, nos dice que: “Lo que crea problemas no es la muerte, sino el “saber” sobre la muerte”.

Pensar de vez en cuando en la muerte, implica también **pensar en la fragilidad de la vida, en la temporalidad**... Séneca también nos ofrece una reflexión al respecto del transcurrir y del sentido del tiempo vivido; «*En tres épocas se divide la vida: la que fue, la que es y la que será; de estas tres, la que vivimos es breve, la venidera es dudosa y la que hemos vivido es cierta y irrevocable*». «*Sólo el que siempre actuó bajo la censura de su propia conciencia puede mirar al pasado sin arrepentirse de nada*». «*El pasado es la parte de nuestro tiempo sagrada e irrenunciable, exenta de todas las eventualidades humanas, sustraída al imperio de la fortuna, imperturbable a los ataques de la pobreza, del miedo y de las enfermedades (.). Su posesión es perpetua y limpia de toda zozobra. Todos los días del tiempo pasado, cuando se lo manden, acudirán a su llamada, y dócilmente se presentarán*

*a su examen, y en él se detendrán todo el tiempo que quisieran; pero esto no lo pueden disfrutar los que se pasan la vida absortos en tonterías y minucias». Y Horacio en sus Odas: “Habremos de dejar la tierra, el hogar, la dulce esposa. Basta saberlo para valorarlo más durante la vida”.*

El “sentido” de la vida no existe, no existe en el formato de una fórmula, una receta, ni siquiera como la máxima de algún filósofo o teólogo. Ningún gurú, nos ahorrará el trabajo de **vivir la propia vida y construir su sentido viviéndola**: el sentido de la vida quizás es ese trabajo, darle significado a cada momento, a cada acontecimiento bueno o malo, a las alegrías y al sufrimiento, a las relaciones con y para los demás. Al final de todo, somos polvo y el viento se lleva al polvo; a esta frase responde Carl Sagan: polvo, sí; pero *polvo de estrellas*.